

# VOLUNTAD

LA FUERZA HEROICA QUE  
ARRASTRA LA VIDA

VOLUMEN.II  
VOLUNTAD COLECTIVA  
Y  
MÁS ALLÁ DEL SER HUMANO

Martín López Corredoira

Prólogo de Juan Arana

COLECCIÓN HESPERIDES



Título: *Voluntad, la fuerza heroica que arrastra la vida*  
Volumen II – Voluntad colectiva y más allá del ser humano  
Autor: Martín López Corredoira  
Prólogo: Juan Arana  
Maquetación: Manuel Quesada  
Diseño: SNS Designs

© Martín López Corredoira  
© De la presente edición, Editorial Eas  
© De la presente edición, Manuel Quesada Campos, por editorial Eas

1ª Edición, Editorial Eas, febrero de 2021 (Alicante)

[www.editorialeas.com](http://www.editorialeas.com)  
info@editorialeas.com

Apartado de Correos 26  
Guardamar del Segura  
03140 (Alicante)

I.S.B.N.: 978-84-122509-4-7

Impreso en Europa por los talleres gráficos Versus

Imagen de portada: *Un atleta luchando con una pitón*. Escultura de Frederic Leighton (1877)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

# ÍNDICE

<b>Agradecimientos</b>	11
<b>Prólogo, por Juan Arana</b>	13
<b>Introducción del autor</b>	19
<b>1. El todo y sus partes</b>	
1.1 Metafísica y tonterías	25
1.2 La duda razonable	35
1.3 Discursos de poder	37
1.4 Ontología realista	39
1.5 Individuos como abstracciones subjetivas	42
1.6 Arte y separabilidad	45
1.7 Separar es contar, la base de todo conocimiento científico	47
1.8 ¿Hay una verdad científica?	52
1.9 ¿Es esto metafísica?	55
1.10 Buscar la voluntad más allá de uno mismo	56
<b>2. Eros y el cuerpo social</b>	
2.1 Seres humanos como células de un cuerpo social	59
2.2 Algunas opiniones de sociólogos	62
2.3 Voluntad en las sociedades humanas	64
2.4 Voluntad masculina y voluntad femenina	67
2.5 Mecánica de apareamiento: Química de unos átomos llamados hombres	74
2.6 Represión de Eros inconsciente	79
2.7 Represión en los actuales tiempos de aparente liberalismo sexual	90
2.8 La utopía de una sociedad no-represiva	105

<b>3. Vulgocracia</b>	
3.1 ¡Santa democracia!	109
3.2 Derechos humanos y otras invenciones	111
3.3 Censura a la democracia	117
3.4 Capitalismo	119
3.5 Dinero sin voluntad	123
3.6 Trabajo y consumo	127
3.7 Crisis económica	144
3.8 Medio ambiente, espiritualidad ecológica y sus sacerdotes	147
3.9 Sufragio y medios de manipulación de masas	155
3.10 Tolerancia, respeto, diálogo, consenso, educación y demás palabrería vulgocrática	159
3.11 Nacionalismos: cuando la plebe busca sus raíces	163
3.12 La culpa no es de los políticos sino del sistema	164
<b>4. La industria cultural</b>	
4.1 Los administradores de la cultura	171
4.2 ¿Educar a las masas?	174
4.3 Contracultura universitaria	176
4.4 Tipos de filósofos	185
4.5 Postmodernidad y filosofía del lenguaje	193
4.6 Ciencia	198
4.7 El especialista	207
4.8 La industria editorial	215
4.9 ¿Para qué sirve una conferencia?	219
4.10 Arte contemporáneo	221
4.11 Cultura de entretenimiento para la plebe	228
4.12 Toma tu barco, hombre feliz, y huye a vela desplegada de toda forma de cultura	233
<b>5. Política</b>	
5.1 El interés por la política	237
5.2 ¿El mejor de los mundos posibles o el mundo como lugar de engaños?	241
5.3 La crítica social y la lucha por una voluntad colectiva	245
5.4 De la necesidad de guerras y revoluciones periódicas	254
5.5 Diálogo sobre una utopía	260

<b>6. Historia</b>	
6.1 Utopías sobre el fin de la Historia	285
6.2 La decadencia de Occidente y Oswald Spengler	291
6.3 El debilitamiento de nuestra cultura	299
6.4 Aprender de la Historia	307
6.5 Causas y efectos en los acontecimientos históricos	309
6.6 Historia del Cosmos	313
<b>7. La Naturaleza y su deber ser</b>	
7.1 Niveles de agrupación intermedios entre las sociedades y la Naturaleza	315
7.2 El todo y los dioses	317
7.3 La religión de los cristianos	318
7.4 Mística veda	329
7.5 El Dios de los filósofos	330
7.6 La Voluntad en Schopenhauer	332
7.7 La fuerza que mueve el Cosmos según las ciencias físicas	335
7.8 ¿Qué quiere la Naturaleza?	342
7.9 Fusión del hombre con el Cosmos	351
7.10	
<b>8. De la confusión del bien y del mal</b>	
8.1 Buscando un deber ser para el hombre como parte de la naturaleza	355
8.2 El héroe romántico es fatal	356
8.3 ¿Por qué el mal es necesario?	358
8.4 Las contradicciones del vitalismo nietzscheano	363
8.5 Un buen mal	367
8.6 Moral y castigo	370
8.7 El erotismo del mal y el amor del bien	374
<b>9. Mística de un ateo materialista</b>	
9.1 Credo	381
9.2 Muerte	385
9.3 Resurrección	396
<b>10. Carta a la voluntad</b>	401

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo está en deuda con algunos lectores que ayudaron a mejorar el texto tanto con correcciones del lenguaje como con críticas que me hicieron reconsiderar algunos argumentos o su exposición. En primer lugar y sobre todo agradezco el titánico esfuerzo de Masu Rodríguez Hernández por su revisión minuciosa del conjunto de la obra, así como por su apoyo en las últimas fases de la creación; el magisterio de la filóloga ha ido más allá del lenguaje en sus inteligentes observaciones, y la interacción con sus pensamientos ha sido para mí un gran regalo. Juan Arana Cañedo-Argüelles, catedrático de filosofía, desde las antípodas de una ideología opuesta a la mía, ha sido conmigo una vez más el mentor honesto y desinteresado que ofrece sus sabios consejos sin tratar de anteponer sus criterios; en el fondo, como él suele decirme, estamos de acuerdo en casi todo menos en lo fundamental. De Paco Soler Gil, otro profesional de la filosofía con ideas radicalmente diferentes de las mías, admiro la fuerza y firmeza de sus convicciones (cosa escasa en estos tiempos de decadencia postmoderna), las cuales han propiciado alguna sana discusión a raíz de algunos contenidos de esta obra. Edmundo Moure Rojas, poeta, escriba y tenedor de libros, como él mismo se define, chileno de nacimiento y residencia aunque gallego de alma como sus antepasados, ha compartido conmigo su sensibilidad artística y humanista en sus observaciones.

Agradezco a los autores de las reseñas publicadas sobre la obra completa de *Voluntad*: José Vicente Pascual, Luis Fernández Castañeda, Edmundo Moure y Miguel Ángel Castro Merino, y la reseña del Volumen I publicada por el equipo de *Forolibro.com*. Es de valorar muy positivamente la apuesta de Editorial EAS por la reedición de *Voluntad* y el esfuerzo de su editor Manuel Quesada por mantener el pulso al sistema con la promoción de las obras publicadas por la editorial.

## PRÓLOGO

# LA VOLUNTAD DE INDAGAR

por Juan Arana<sup>1</sup>

Aunque sea una vulgaridad demasiadas veces repetida, debo empezar preguntándome qué hace un prologuista como yo presentando un libro como éste, dado que estoy en las antípodas de casi todo lo que en él se defiende. El único motivo de cierto peso que encuentro se llama *amistad*: me llevo bien con Martín casi desde el mismo momento en que nos conocimos. Fue allá por el año 2000, en un congreso celebrado en Madrid para conmemorar el centenario de la mecánica cuántica. Mencionó en un aparte que tenía escrita una tesis doctoral *contra* la libertad, la cual había sido rechazada por dos o tres departamentos de filosofía. Me preguntó si yo estaría dispuesta a apadrinarla. Bien sabía él que yo militaba —filosóficamente hablando— *a favor* de la libertad, lo cual no fue óbice para hacerme la propuesta. Tampoco yo tuve nada que objetar. ¿Por qué? Porque comprobé al leer el texto que, además de contener gran cantidad de información novedosa para mí, lanzaba contra mis convicciones unas cuantas cargas de profundidad de considerable potencia. Así que me hice la siguiente composición de lugar: “si la fe que tengo en la libertad se sostiene después de bregar con una tesis así y pelearla con quien la ha escrito, conseguiré reforzar mi confianza”. Y así fue: durante años hemos discutido el asunto sin darnos cuartel. Tengo la impresión de que no he conseguido modificar un ápice su postura, aunque a veces encuentro en ella matices que no descubrí al principio. Por lo que a mí respecta, dos libros y diez artículos después sigo pensando —en el fondo— lo mismo, pero he cambiado (y pienso que enriquecido) un montón de aspectos de la idea y de los argumentos que la sostienen. Así que, ¡gracias Martín! Lo menos que puedo hacer ahora es escribir este preámbulo a la parte central de tu gran obra.

¿Qué pienso sobre el hombre? A mi juicio, López Corredoira aúna la doble condición de científico profesional *de banda ancha* y filósofo aficio-

---

<sup>1</sup> Catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla. / jarana@us.es

nado de largas lecturas y muy asentados convencimientos. De inmediato añado que el concepto de “filósofo profesional” es oximorónico. Cualquier profesionalización de la filosofía resulta fraudulenta. Los únicos profesionales del ramo son los *profesores* de filosofía: entre ellos me cuento. Filósofos, lo que se dice filósofos, sólo los hay *aficionados*, y ojalá que todos los hombres y mujeres lo fuésemos, aunque, eso sí, *de verdad*. Salta a la vista que Martín lo ha sido desde que lo conozco. Filósofo de casta, a pesar de su incoercible tendencia a infamar las opciones y corrientes filosóficas que le son ajenas. En realidad, creo que mi única aportación a su tesis fue recomendarle que moderara las expresiones, cosa que disciplinadamente hizo, de manera que pudimos hacerle doctor con todos los pronunciamientos favorables. Por supuesto, a la hora de publicar el correspondiente libro, volvió a recuperar todos los adjetivos descalificativos que habían sido suprimidos por mor de la cortesía académica. Estaba en su perfecto derecho (puesto que nunca ha incurrido que yo sepa en ataques personales, únicos que considero inadmisibles), aunque de todos modos ello no sea de mi gusto. Martín tiene un estilo agresivo de filosofar: no se anda con paños calientes, le gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino. Prescinde de remilgos cuando considera que el vino está agrio o el pan revenido. Ha heredado, corregido y aumentado en clave carpetovetónica la agresividad de Schopenhauer y Nietzsche, a quienes reconoce como más directos inspiradores, sin perjuicio de profundas discrepancias también respecto a ellos. Tampoco faltan en su verbo acentos que recuerdan a los profetas del Antiguo Testamento.

El filósofo que nos ocupa no es hombre de un solo libro. A pesar de su intensa —y exitosa— dedicación a la astrofísica, tengo la impresión de que consagra lo mejor de sí a la búsqueda filosófica, al esfuerzo en pro de documentarla y expresarla cada vez mejor. Posee más lecturas de filosofía, literatura, historia y arte que la media de los docentes universitarios en cada una de esas ramas; pero, sobre todo, es un investigador pertinaz que sin tregua ha intentado descubrir la verdad profunda de las cosas y desenmascarar las supercherías que la esconden o suplantan. Con paciencia de benedictino ha reunido los materiales que conforman el fruto de sus vigilias, hasta convertirlo en un texto de más de mil páginas que levanta acta de su quehacer inquisitivo... hasta el momento. La desmesura del empeño ha aconsejado fragmentar su expresión editorial. Se me ha invitado a presentar la segunda parte de esta *summa*, lo cual hago con *sumo* gusto.

Un tocho así es sin duda un *ladrillo*. Aún partido en dos o tres, sigue siendo —digamos— *medio ladrillo*. Sin embargo, su lectura resulta sor-

prendentemente llevadera, divertida, provocativa, estimulante... Supongo que para muchos también resultará indignante, porque Martín es un genuino iconoclasta que no deja títere con cabeza, empezando por sí mismo. En efecto: ni él ni los suyos escapan al inmisericorde repaso, como cuando acota: "Bien, más que decir «trabajamos» debería decir «trabajan» pues yo pertenezco más bien a los oficiantes inútiles. ¿De qué vivo? Soy un funcionario del Estado, vivero del cuento de la cultura". Profesa Martín un pesimismo integral, pero en modo alguno lloriqueante o pusilámine. Ejerce de gallego, pero no convoca a suaves albariños o acidulados ribeiros, sino a broncos orujos y amargos ajenjos. Tonificantes en todo caso. Ha aprendido de Schopenhauer, Cioran y tantos otros el arte de la injuria, que administra a paso de marcha, adobado con la retranca de su tierra natal. Sus enemigos favoritos son los mercaderes, los especuladores, los funcionarios, los sabios oficiales, los políticos, los progres, los sacerdotes, los religiosos, los feministas, los que administran el cotarro de la cultura, los fachas, los rojos, los demócratas... ¿Para qué seguir?: tirios y troyanos. A todos nos administra la correspondiente colleja. Por suerte para él en el caos del mundo de hoy todo cuela, porque en cualquier otra circunstancia ya habría sido quemado como brujo, como racionalista, como hereje, como inquisidor, como revolucionario, como contrarrevolucionario, como progresista, como conservador, como nostálgico del pasado o como soñador del futuro. De hecho, más de un empellón ha tenido que sufrir. Varias veces le han puesto en la picota, porque anda suelto por ahí mucho intolerante camuflado bajo el disfraz de la tolerancia. Supongo que habría obtenido el Guinness de la incorrección política, si existiera tal galardón y si no hubiera que intrigar para conseguirlo. Lo más curioso del caso es que su modo de ser no obedece a una pose; no intenta distinguirse por una hostilidad omnidireccional (si se me permite el neologismo), ni trata de emular a Eróstrato, que puso fuego al templo de Éfeso por mero afán de notoriedad. Nada más lejos de su intención ni de su temperamento. Todos los que le conocen saben que se trata de una persona de trato exquisito y delicado, un ateo que te felicita las Navidades con crismas, como ya ni siquiera hacemos los creyentes. Pero cuando se sube al podio o se sienta ante el teclado sale a relucir la fiera que hay dentro. ¿Fiera? Más bien le pasa lo que a Lincoln, quien siempre tenía que decir la verdad. Martin proclama la suya, mejor dicho, la que tiene por verdad a secas, y la lanza a todos los vientos, *opportune et importune*. Todo el que lo lea comprobará que en algún momento se pone a caldo cualquier cofradía de la que pueda formar parte. A pesar (o por culpa) de ello, el libro resulta sumamente atractivo, sobre todo si uno se hace el distraído cuando las balas le pasen cerca.

Por otro lado, a pesar de que aquí se pinta un cuadro tenebroso del mundo en general y de la condición humana en particular, los efectos que produce no son deprimentes. Probablemente se debe al rico tesoro de casos y citas que salen a relucir, o al desenfadado arte del bien decir. No en último lugar, a que su visión, siendo sombría, no llega a ser trágica. Casi diría que el regusto que se extrae de la lectura se acerca más al del humor negro. Y es que la mirada de Corredoira, siendo sin lugar a dudas desesperanzada y pesimista, está también transida de una curiosa ternura hacia esa humanidad que tanto fustiga. Hay demasiado diminutivo, excesivo número de risibles debilidades en un panorama que antes desperta commiseración que rechazo o rencor. La picarescia se impone a la atrocidad; los trucos y engaños, a los crímenes. La música que resuena como trasfondo no es el canto fúnebre, sino un tango al estilo del *Cambalache* de Enrique Santos Discépolo:

Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé; en el quinientos seis y en el dos mil también; que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos, contentos y amargaos, valores y dublé.

Pero que el siglo veinte es un despliegue de maldad insolente ya no hay quien lo niegue, vivimos revolcaos en un merengue y en un mismo lodo todos manoseaos. Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, generoso, estafador. ¡Todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor! No hay aplazaos ni escalafón, los inmorales nos han igualao... Si uno vive en la impostura y otro roba en su ambición, da lo mismo que si es cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón. ¡Pero qué falta de respeto, qué atropello a la razón!...

Por tanto, si quien abre el libro tiene tiempo por delante, sentido del humor y capacidad para encajar golpes, percibirá que tras todo el tinglado hay un pensamiento serio y serias cosas que considerar. Así que, en caso de que se den todas esas condiciones, le animo a que empiece a recorrer las líneas que siguen, pues una vez puesto a ello no le será fácil dejar de leer. Y si alguna de sus queridas convicciones se commueve un poco, no se apure. Es signo seguro de que requiere ser apuntalada o, llegado el caso, abandonada sin pena.

Mucho de lo que sostiene Martín sobre la ciencia, la filosofía, la cultura, el arte y la universidad lo acepto y suscribo. Comparto en cambio muy pocas de sus afirmaciones sobre historia, sociedad, política, sexo, religión, ética y sentido de la existencia. Más bien las rechazo, si bien después haberles dado unas cuantas vueltas y reacomodado un poco mis ideas. No podría ser de otro modo, ya que soy un cristiano, más aún: un católico bastante en la línea de los últimos papas de la Iglesia, Iglesia contra la que

Martín se despacha con particular virulencia. Sobre esto ya hemos discutido él y yo hasta la extenuación. No es este el lugar para proseguir nuestro particular debate; creo además que ya nos hemos dado mutuamente por imposibles.

Por fortuna no oficio aquí de crítico, sino de prologuista. Mi misión es incitar a la lectura y eso es lo que he procurado. Puedo añadir que lo he hecho sin apuro ni restricción mental, a pesar del cúmulo de ataques que encontrará quien me haga caso a lo que sinceramente creo verdadero y justo. ¿El motivo? Porque estamos ya en pleno siglo XXI y a estas alturas debieran saber latín hasta los carboneros (o los hoy asimilables a ese desaparecido oficio). Los creyentes podremos ser ovejas del rebaño, pero no de las que las que se limitan a pastar y repetir: “¡Bee! ¡Bee!”, sino de las que se informan sobre los orígenes de su religión, la historia de los dogmas, la fisiología de las neuronas y los avatares de las galaxias. Por consiguiente, ya no vale para el creyente la fe subrogada: o maduramos más pronto que tarde, o justo será que nuestro credo vaya a parar al cubo de la basura. *Mutatis mutandis*, lo mismo se puede recomendar a todo el resto de la ciudadanía, con indiferencia de cuál sea su ideario.

Hace tiempo visité Puerto Rico pocos meses después de que la isla fuera asolada por el ciclón *Hugo*. Esperaba encontrar un paisaje de devastación, pero me sorprendió comprobar la pujanza y lozanía de la vegetación. Así me lo explicaron: “Siempre pasa lo mismo después del huracán: el vendaval arrastra todo lo caduco y podrido, efectúa una poda gigantesca. La humedad que deja riega los renuevos que ya no encuentran nada que estorbe su crecimiento...” Considero que con el libro de Martín ocurre algo semejante. No diré que me haya servido de *lectura espiritual*, pero tampoco le ha quedado lejos...

A decir verdad, lo único que encuentro francamente antipático en él es el aristocratismo antivulgocrático que profesa, supongo que en parte inspirado por los de Nietzsche y Ortega. Por eso, cuando afirma que: “El éxito de la religión cristiana se debe, creo yo, a su exaltación de los valores de la plebe”, su ataque ha sonado en mis oídos como agradable musiquilla. Tal vez se deba a que soy mitad navarro, mitad alavés. En mi tierra de origen hubo a lo largo de la historia pocos aristócratas y ningún siervo de la gleba. Allí nos cuesta tratar a la gente de *usted*. El dandismo nos resulta gracioso, pero no respetable. Recuerdo sin embargo que un tío abuelo mío se negaba a salir de casa los fines de semana porque, decía, “las calles estaban invadidas por trabajadores enloquecidos por los altos salarios”. En aquella época estaban de moda unas camisetas masculinas

caladas y transparentes que permitían admirar las pelambreras de los torsos. El espectáculo era lamentable y lo asocio a todo lo que Martín cuenta sobre los horrores de la “civilización” que padecemos. Pero —nunca mejor dicho— “con esos bueyes tenemos que arar”. Es nuestra responsabilidad y desafío. Y, aunque pretenda renegar de una y otro, el libro de Corredoira es una buena aportación al común esfuerzo.

En Sevilla, durante el confinamiento por la pandemia del *Covid-19*.

Postdada: Aún después de haber leído de cabo a rabo la obra completa en su primera edición y ahora de nuevo la parte que es objeto de este prólogo, sigo sin comprender de qué manera el descarnado y radical materialismo que el libro promueve consigue sostener las espiritualizadas nociones de *voluntad* y *bello deber ser* que tanto pondera. Si algún avisado lector consiguiera aclarármelo, le estaré sinceramente reconocido.